

COLO

y era tan general esta creencia que los reyes Católicos llegaron á darle una carta para aquel soberano.

Concluido ya lo más importante y resuelta la expedición, era preciso dar paso á realizarla. El pequeño puerto de Pálos, cerca de Moguer, en Andalucía, fué el escogido para el armamento. Parece que en esta elección debieron de influir mucho las relaciones del futuro descubridor con los hermanos Pinzones, vecinos de allí, y además la circunstancia de que aquella población estaba obligada, en pena de cierta falta, á servir al rey con dos carabelas por espacio de un año. Diéronse al punto las órdenes convenientes para que las dichas carabelas fuesen puestas á las órdenes de Colon, quien fué además autorizado para procurarse y armar otro bajele. Ordenóse también á todas las autoridades respectivas que auxiliasen y protegiesen con todo empeño los aprestos, proporcionando á precios equitativos los víveres y pertrechos necesarios: fueron libertados de todo derecho los efectos que se suministrasen á los buques, y por último, se mandaron suspender todas las causas civiles y criminales contra los individuos que se embarcasen, no solo durante su ausencia, sino hasta dos meses después de su regreso. Colon, por su parte, obtuvo el título de *Don*, tan raro y honorífico entónces como vulgar en nuestros dias, y la reina añadió por impulso propio el señalado favor de nom-

COLO

brar á su hijo mayor Diego, paje del príncipe heredero D. Juan; honor concedido solo á los hijos de los grandes señores, con cuyo paso descargaba á Colon de un grave cuidado durante su peligroso viaje.

Provisto de tantas y tan amplias facultades, con el ánimo henchido de gozo al ver logrados sus deseos, regresó Colon al convento de la Rábida. Su buen amigo Fr. Juan Pérez, le recibió con los brazos abiertos, y ofreció emplear toda su influencia, que era allí muy grande, para el pronto despacho de los bajeles. El 23 de Mayo hizo leer Colon públicamente las cédulas reales, y requirió á las autoridades de Pálos que las cumpliesen. El efecto que produjo tal lectura, fué al principio el de una viva sorpresa; mas reflexionando después con más espacio se llenaron de terror los vecinos, considerando como entregados á una pérdida segura los bajeles y hombres que se pedían. Ni lo espreso y perentorio de la real cédula, que fijaba el plazo de diez dias para su obediencia, ni la influencia de Fr. Juan Pérez, ni todos los pasos y requerimientos de Colon, produjeron efecto alguno. Pasaron muchas semanas, y no se daba traza á comenzar los aprestos, ni se podía conseguir nave alguna.

Nada puede dar mejor idea de la osadía del proyecto de Colon, que esta repugnancia á acompañarle en unos hombres que eran tenidos por navegantes expertos y aventu-

COLO

rados. En vista de aquella resistencia los reyes despacharon nuevas órdenes aun más estrechas, enviando espresamente á un oficial real para que las hiciese cumplir; pero era tal el desórden y alarma que se había introducido en Pálos, que el comisionado no acertaba á conseguir cosa alguna. Al cabo, Martín Alonso Pinzon, el mismo de las juntas en la Rábida, se decidió á tomar parte en la empresa. Señora qué convenio celebraría con Colon; pero como era uno de los vecinos más ricos y principales, con navios y marineros á su disposición, su apoyo fué importantísimo y su ejemplo muy favorable. Uniéronse á él sus hermanos Francisco y Vicente, y entre todos se supone que suministraron á Colon los medios necesarios para aprontar la octava parte del gasto, segun lo estipulado con los reyes. También le proporcionaron uno de los buques; y gracias á su auxilio y su ejemplo, al mes de haber tomado parte en la expedición, se hallaba ésta pronta para salir á la mar.

La armada que debía duplicar el mundo, y que las cortes de Europa negaron por tantos años á Colon, se componía por todo de tres mezquinos buques, de los llamados entónces *carabelas*. La mayor, nombrada *Santa María*, que era la única que tenía cubierta, iba mandada por el mismo Colon. La *Pinza* llevaba por comandante á Martín Alonso Pinzon, y por piloto á su hermano Francis-

COLO

co; y tenía velas latinas, iba á las órdenes del otro hermano Vicente Yañez Pinzon. Hoy, con todos los adelantos de la náutica, y después de estar perfectamente reconocidos y transitados esos mares, no se hallaría quien quisiese aventurarse en ellos con auxilios tan insignificantes. Embarcáronse los oficiales necesarios y el indispensable escribano, que con el médico, cirujano, varios aventureros, algunos criados y noventa marineros, formaban un total de ciento veinte personas. Siguiendo el ejemplo de su comandante, confesaron y cumplieron todos antes de partir. Reinaba en Pálos la más profunda tristeza, porque no había quien no tuviese un pariente ó un amigo en aquella flota. Los ánimos comprimidos de los que partían se llenaron de doble angustia al mirar el dolor de los que dejaban, y despidiéndose con lágrimas y sollozos para no volverse á reunir sino en la eternidad, se recojieron todos á los frágiles bajeles.

Viernes 3 de Agosto de 1492, por la mañana, salió Colon de la barra de Saltes, isleta formada frente á Pálos por dos brazos de ríos Ódiel y Tinto. Hizo rumbo para las islas Canarias, de donde se proponía navegar en derecha al Occidente, contando con arribar de ese modo á la isla de Cipango. A los tres dias de navegación ocurrió el contratiempo de haberse zafado el timon de la Pinta, que fué preciso asegurar malamente con cuerdas, habiéndose tenido aquello por una indus-

COLO

tria de los propietarios del buque para inutilizarle y es- torbar que continuase la travesía. La débil compostura no duró mucho tiempo, y notándose además que el buque tenía otros defectos, determinó Colon cambiarlo por alguno que hubiese en las islas Canarias, entre los cuales andubo cruzando tres semanas con tal objeto. No pudiendo lograrlo, hizo reparar la Pinta lo mejor que se pudo, y mandó convertir en velas cuadradas las de la Niña, que eran latinas. Mientras hacia estas obras y cargaba leña y agua, tuvo noticia de que frente á la isla del Hierro se habían visto cruzar tres carabelas portuguesas. Temió que quisiesen detenerle ó causarle algun otro daño, por haber desechado las últimas propuestas de aquel rey, y así dió á la vela en la madrugada del 6 de Setiembre. Detúvose una calma que duró tres dias: más al cabo el 9 se levantó un viento favorable que el mismo dia le hizo perder de vista la tierra. Allí se renovaron el desaliento y los temores de los marineros, viendo desaparecer la última sombra del mundo conocido: procuró Colon tranquilizarles con buenas razones y magníficas promesas, que aunque á ellos pareciesen exajeradas, eran solo la sincera expresion de las verdaderas ideas y esperanzas del descubridor. Dispuso entónces, que si los buques llegaban á separarse por cualquier evento, prosiguiesen su derrota en derechura al Occidente; pero que después de navegar 700 leguas se

COLO

mantuviesen juntos de la noche á la mañana, puesto que á tal distancia contaba de seguro hallar la tierra.

Temiendo tambien que si acaso se equivocaba en sus cálculos, le tendrían los suyos por un engañador, y pretenderían dar la vuelta tan luego como hubiesen corrido la dicha distancia sin arribar á puerto, usó desde el principio la estratagemá de llevar dos derroteros, el uno oculto para su propio gobierno, en el que apuntaba el verdadero camino andado, y el otro público y conocido de los pilotos, en el cual tenía cuidado de rebajar una cuarta ó quinta parte de las leguas que corría. En la tarde del 13 de Setiembre observó Colon por la primera vez que la aguja *noruesteaba*, como él mismo dice, esto es, que no se dirigía exactamente al Norte, sino que se inclinaba al Noroeste. Aunque este fenómeno de la variacion de la aguja habia sido observado por los chinos, segun se pretende, más de cuatro siglos ántes, es indudable que no le conocían los europeos. Quiso al principio Colon ocultarlo á sus compañeros, pero muy pronto lo hubieron de notar los pilotos, y la consternacion fué general. ¿Qué harían en aquellos mares inmensos y desconocidos, y con qué guía contaban para salir á tierra, si el iman perdía su maravillosa virtud, y les dejaba perdidos en medio de las aguas? Acudió Colon para tranquilizarles á algunas razones especiosas tomadas del movimiento de la estrella polar, y como todos tenían tan alta

COLO

idea de su ciencia, se dieron por satisfechos con sus esplicaciones.

El tiempo no podia ser más sereno, y como los vientos soplaban constantemente de popa, la navegacion era pronta y agradable. El 14 de Setiembre vieron aves por primera vez y á los dos dias entraron en mar de yerbas de los trópicos. Sobre estas yerbas hallaron un cangrejo vivo, y los dias siguientes continuaron viendo aves y otros indicios de tierra. Quisieron algunos que el almirante mudara de rumbo, tomando el de estas señales favorables; pero él no tenia por prudente desacreditarse buscando á tientas lo que habia ofrecido encontrar en direccion determinada. Deciales que lo importante era llegar á la tierra firme, aunque las islas quedasen sin ser vistas, pues seria fácil reconocerlas á la vuelta. Siguiéron así su navegacion siempre en derechura á Occidente; más aunque el paso de aves y demás señales de tierras próximas no cesaban, la gente comenzó á alarmarse viendo que el sol llegaba todos los dias á su ocaso sin alumbrar más que cielo y agua. Ya habian avanzado hasta donde hombre jamás ántes llegara, y proseguían acrecentando la inmensurable distancia que les separaba del mundo conocido y del socorro de sus semejantes. Poseídos de un terrible miedo llegaron á considerar como una causa de su perdicion aquel mismo viento que tan plácida y favorablemente les conducía, pues figurándose que ja-

COLO

más llegaría á soplar de otro cuadrante, consideraban imposible su regreso. Algunas ligeras brisas del Oeste, aliviaron un tanto sus recelos por esta parte: á ellas se siguió una profunda calma y el mar se mantenía perfectamente tranquilo, viéndosele cubierto de yerba hasta donde podia alcanzar la vista. Sospecharon entónces los marineros que les faltaba el agua: mas Colon les probó lo contrario sondeando con una larga cuerda sin poder encontrar fondo.

La situacion del almirante era cada dia más crítica: su gente murmuraba en público, y las murmuraciones se convirtieron pronto en rebelion declarada. Consideraban haber hecho bastante, y no se creían obligados á seguir corriendo á su perdicion, por solo el capricho de un aventurero sin patria ni hogar, cuyo proyecto habia sido calificado de locura por los sabios. Querían, pues, volverse, y no faltó quien propusiera como medio eficaz de ahorrarse después las quejas y acusaciones del almirante, el arrojarle al agua, y decir luego que habia caído por casualidad, mientras contemplaba las estrellas. Colon no ignoraba estas tramas; pero mantenía el rostro sereno sosegando á unos con buenas razones, animando á otros con esperanzas, y usando de amenazas con los más rebeldes. Iban pasando así las cosas, hasta que el 25 de Setiembre dió Martin Alonso Pinzon desde la popa de su navío la esperada voz de tierra! Parecia en

COLO

efecto verse con tanta claridad al Sudoeste, que Colon arrodillado rindió gracias á Dios y las tripulaciones entonaron el *gloria in excelsis*: púsose la proa al Sudoeste y en tal dirección navegaron toda la noche; pero la luz del día vino á destruir sus esperanzas, pues la supuesta tierra no era sino una nube vespertina que durante la noche se había disipado.

Por varios dias prosiguieron su camino entre temores y esperanzas; más las señales eran ya tan frecuentes y claras que los marineros se llenaron de alegría. Los reyes habían prometido una pension de diez mil maravedis al que primero descubriese la tierra; deseosos de alcanzar este premio, alzaban á cada paso los marineros la voz anunciándola, hasta que convencido el prudente capitán de la fatal influencia que los repetidos desengaños ejercen en ánimos ya atemorizados, ordenó que si alguno alzaba aquella voz y no se descubría la tierra dentro de tres dias, perdiese para siempre todo derecho á la recompensa ofrecida. El 7 de Octubre había andado ya 3,000 kil. distancia á que pensaba encontrar la isla de Cipango. Veíanse volar con mucha frecuencia bandadas de pájaros hacia el Sudoeste, adonde sin duda iban á buscar abrigo. Cediendo á las instancias de los Pinzones, puso la proa á dicho rumbo en la tarde del mismo dia, y es de notarse que jamás el vuelo de unas aves ha producido más graves consecuencias. Si Colon, despreciando

COLO

indicios, hubiese conservado su dirección á Occidente, habría arribado á la Florida, y acaso los Estados Unidos, y en vez de tener hoy una población inglesa protestante, la tendría católica española. Mil curiosas conjeturas pudieran formarse sobre este supuesto acontecimiento, que sentimos no sean de este lutina, ni propias de una obra de esta clase.

Siguiendo las naves su nuevo rumbo, encontraban con más abundancia los indicios de tierra. Sin embargo cuando pasaron tres dias sin descubrirse más que cielo y agua, llegó al extremo la irritación de los marineros. Quiso Colon apaciguarlos con buenas palabras, pero viendo que eran inútiles, se revistió de autoridad y les declaró espresamente, que perdían el tiempo en quejarse, pues había sido enviado por los soberanos á buscar las Indias, y con el favor de Dios había de proseguir hasta encontrarlas. Colocado de este modo en lucha abierta con los suyos, no es necesario decir cuán peligrosa era su posición; por fortuna el día 11 sacaron del mar un junco verde, unas cañas, un palo labrado y otras cosas que mostraban la proximidad de la tierra. Al anocheecer recordó Colon á los suyos los grandes beneficios que Dios les había hecho llevándolos á su fin con tiempos tan bonancibles: les repitió que según sus instrucciones debían de caminar todos juntos durante la noche, y que pues en la presente debían hallar la tierra, estuviesen todos con

COLO

la mayor vigilancia, que él prometía un jubón de seda al primero que la descubriese.

Serían las diez de aquella memorable noche cuando Colon, que estaba en el castillo de popa, creyó divisar una luz. No fiándose de sus propios sentidos en cosa que tanto anhelaba, llamó primero á Pedro Gutierrez, criado de la casa real, y luego al veedor Rodrigo Sanchez de Segovia, ambos la vieron distintamente, y notando que á veces subía y bajaba, se ocultaba unas y aparecía otras, juzgaron ser una antorcha que alguno llevaba en las manos. Á las dos de la mañana, la Pinta que por ser más velera caminaba algo más adelantada, dió la señal de tierra disparando su artillería. Veíase ya claramente á 8 ó 9 kil. de distancia, y el primero que la descubrió fué un marinero llamado Rodrigo de Triana, aunque el premio fué concedido al Almirante por haber visto antes la luz. Dícese que ésta que él creyó una injusticia exasperó tanto al marinero, que pasó al África renegando de su religión. Recojieron las velas por lo que faltaba de noche, esperando la aurora con la mayor impaciencia. En este breve espacio de tiempo, ¡cuántas y cuán graves ideas se agolparían en la mente de Colon! Había llegado el momento de recojer el fruto de tantos años de meditaciones y esfuerzos: su teoría había triunfado: su nombre se había salvado del olvido. Tenía á la vista la tierra y la luz que había divisado era señal segura de que estaba po-

COLO

blada. Pero sus habitantes pertenecían á la misma especie conocida, ó serían algunos de aquellos monstruos que la imaginación de los antiguos se complacía en colocar en los límites del mundo! Aquel sol que aguardaba impaciente, ¡iluminaría con sus rayos los dorados edificios de la opulenta Cipango, ó solo el miserable albergue de algunos tristes y deformes salvajes! El que una vez oyó referir los grandes sucesos de aquella noche inmortal, no los olvida nunca; y esta relación siempre repetida y siempre escuchada con el mismo interés, con la misma ansiedad, pasará indeleble á las generaciones más remotas. En aquella noche nació un mundo y se duplicaba la obra del Criador: ¡cuál ardería entonces la llama de la inspiración divina en la elevada mente del hombre elegido para instrumento de esta segunda creación!

La luz del día 12 de Octubre de 1492, fué la primera que alumbró á los europeos en el Nuevo Mundo. A sus primeros albores descubrieron una hermosa isla llana y amena, con varios arroyos y muchas arboledas. Lleno de gozo el almirante cayó de rodillas, y alzando las manos al cielo, con los ojos arrasados en lágrimas entonó el magnífico himno TE DEUM LAUDAMUS. Siguiéronle los demás, y pagada esta primera deuda al Autor de todo bien, se entregaron á los mayores transportes de alegría. Aquellos que más habían mortificado á Colon con su mala conducta,

COLO

eran los primeros en pedirle perdón de sus yerros, y en ofrecérselo por ciegos servidores. Mudanza propia de hombres vulgares, solo buenos para estorbar á los espíritus superiores, y que solo acatan la inspiracion del cielo, cuando sus groseros sentidos la vén y palpan en sus grandiosos resultados.

Dispúsose inmediatamente el desembarco: Colon entró en el esquife de la capitana llevando el estandarte real, y le siguieron en sus respectivos botes los hermanos Martin y Vicente Pinzon con la bandera de la empresa, en que habia una cruz verde y las iniciales de los reyes Católicos Fernando é Isabel con sus coronas encima. Llegados á la deseada tierra, todos la besaron y rindieron nuevas gracias á Dios por haberles permitido alcanzarla: levantóse entónces Colon y tomó solemnemente posesion de la isla en nombre de los reyes Católicos: en seguida todos los presentes le prestaron homenaje como á virey y almirante de las Indias, y aun hubo muchos que le pidieron ya mercedes. Puso por nombre á aquella isla San Salvador, aunque los naturales le llamaban Guanahani.

Se creyó por mucho tiempo que la primera tierra vista por Colon, fué la isla que aún conserva el nombre de San Salvador, una de las Bahamas ó Lucayas: posteriormente se dividieron las opiniones en favor de diversas islas de aquel grupo, pero las minusiosas investigaciones de un oficial de la marina

COLO

norte-americana, publicadas por Irving (Life of Columbus, App. XVI), no dejan duda de que á San Salvador corresponde la primacia.

Durante todas las ceremonias referidas, los naturales contemplaban admirados los rostros, trajes y armas de los españoles. Parecian ser gente muy tímida y sencilla: los que se presentaron eran todos mancebos de buena edad y no habia con ellos sino una sola mujer muy jóven; iban enteramente desnudos y pintados de diversos colores. Al principio huyeron de los españoles, pero viendo que no se les hacia daño, se acercaron con grandes muestras de sumision. Repartió entre ellos Colon algunas baratijas, con las que quedaron muy satisfechos; y los que no pudieron alcanzar nada en el reparto, siguieron á los españoles hasta sus navios, unos á nado y otros en sus canoas, formadas de un solo tronco y bastante grandes á veces para recibir más de cuarenta hombres. Toda su riqueza consistia en papagallos y en ovillos de hilo de algodón; pero daban de ellos libremente por cualquier cosa, aunque fuese un pedazo de botella ó plato roto. Llevaban tambien en las narices y orejas algunos pequeños adornos de oro: escifaba con su vista la codicia de los descubridores, les preguntaron que de dónde venia aquel metal, y ellos respondieron por señas que del Sur. Dieron tambien noticia de un pueblo guerrero hácia el N. O., que invadía sus islas y les llevaba prisioneros.

COLO

No fué menester más para que Colon entendiese que en el Sur habia un soberano tan opulento, que era servido en vajilla de oro, y creyó tambien que los invasores de que se quejaban debían venir de la tierra firme, esto es, de los dominios del Gran Khan.

En estos tratos se gastaron aquel dia y el siguiente. El 14 salió Colon en los bajeles á reconocer la costa: en todas partes fué bien recibido por los naturales, y en el mismo dia volvió á sus carabelas. Con ellas dió á la vela, llevando consigo siete naturales de Guanahani para que aprendiesen la lengua, y aunque dudó al principio cuál isla reconoceria primero de tantas como tenia á la vista, al fin visitó las tres mayores que llamó Santa Maria de la Concepcion, Fernandina é Isabela, y son conocidas hoy, la primera con su mismo nombre y las otras con los de Exuma é Isla Larga. Sus naturales parecian ser de la misma raza de los de Guanahani, tan tímidos como aquellos y tan amigos de los españoles. Colon no encuentra voces para ponderar la hermosura de estas islas, la riqueza de la vegetacion, la abundancia de aves y peces de los más vivos colores, la suavidad de los aires embalsamados, y la blanda temperatura de las noches. Llegaba á la verdad en el otoño, la estacion más deliciosa en los hermosos climas tropicales, y no es maravilla que encantasen su ánimo las magnificas escenas de la naturaleza en un mundo vir-

COLO

jen, hijo de su constancia y valor.

Como los naturales siempre que se les hablaba de riquezas señalaban hácia el Sur, y repetian el nombre de Cuba, creyó Colon, interpretando el mudo lenguaje de los indios del modo más favorable á sus ideas, que allí estaba la famosa Cipango. Salió en su busca, y después de perder varios dias por calmas y vientos contrarios, la tuvo á la vista el 28 de Octubre. Llamóle desde luego la atencion su grandeza y su fertilidad. Echó el ancla en un hermoso río, y dió á la isla el nombre de Juana, en obsequio del príncipe D. Juan, heredero de los reyes Católicos. Gastó varios dias en reconocer las costas hasta llegar á un promontorio que llamó *Cabo de Palmas*: supo allí que solo se hallaba á cuatro jornadas de *Cubanacan*, provincia interior de la isla; pero Colon creyó entender que se hablaba de *Kublai Khan*, soberano de los tártaros, y resolvió enviarle una embajada y la carta de los reyes, con dos españoles, uno de ellos judío converso que sabia el hebreo, el caldeo y algo de árabe, dando por supuesto que el soberano habia de entender alguna de estas lenguas orientales. Los enviados solo vieron una poblacion de cierta importancia para estar en tierra de salvajes: los habitantes eran iguales á los demás isleños, y á no ser por un indio lacayo que llevaba de guía y hablaba algo de español, no hubiera sido fácil entenderse, porque el hebreo y el caldeo del

COLO

judío no fueron de ningún provecho. A su vuelta vieron atravesar varios hombres con un rollito de yerbas en la mano, que encendían por un estremo, y aplicando el otro á la boca, aspiraban aquel perfume ó sahumero.

Los naturales llamaban á esos rollos tabaco, nombre que después pasó á la yerba; y este vicio de los salvajes de Cuba ha acabado por invadir al mundo entero, formando una de las más pingües rentas de los Estados.

Desengañado Colon por la vuelta de sus embajadores de que ya no tenían que contar por allí con el Gran Khan, fijó su atención en el nombre de *Babeque* que usaban los indios para denotar en una isla en que, según entendieron los españoles, se cojía el oro en los ríos de noche á la luz de unas teas, para convertirlo después en barras á fuerza de martillo. Salió en demanda de aquella isla; pero el mal tiempo le obligó á volverse á Cuba. Durante esta travesía tuvo el grave disgusto de que la Pinta le abandonase, sin hacer caso de las señales del almirante, hasta perderse enteramente de vista. Mucha pena y cuidado le causó esta desercion. Martin Alonso Pinzon, capitán de aquel buque, había tenido ya con él varias disputas sobre el mando, pues la gran parte que había tenido en el armamento, le autorizaba á su juicio para tener también parte en las resoluciones. Colon creyó que su objeto era descubrir por separado ó adelantarse á llevar á España la

COLO

nueva del descubrimiento, cuya sospecha no le dejó ya proseguir su viaje con sosiego.

Después de emplear varios días en reconocer la costa de Cuba, llegó al cabo más oriental de ella, y en la creencia de ser aquel el último estremo del Asia, le dió el nombre de *Alpha y Omega*, es decir, *principio y fin*. Desde allí divisó al Sudeste una isla coronada de altas montañas, y á ella puso inmediatamente la proa. Era la isla de Haití, una de las más hermosas del mundo, y que había de ser desde entónces teatro de las más lastimosas escenas. El 6 de Diciembre por la tarde, ancló Colon en la bahía que llamó de San Nicolás, cerca del estremo oriental de la isla. Al acercarse huyeron los naturales como de costumbre; y no pudiendo encontrar á ninguno pasó á otra bahía llamada la Concepcion. Allí tomaron los marineros algunos peces semejantes á los de su país y oyeron de noche el canto de unos pájaros que equivocaron con los ruiseñores; por esto y por la supuesta semejanza de la tierra con las mejores provincias de España, dió el almirante á la isla el nombre de *Española*. Todavía no se lograba comunicacion con los naturales; más habiendo saltado en tierra algunos marineros é internándose en el monte, dieron con un grupo de indios desnudos, que huyeron precipitadamente, dejando atrás en su carrera á una mujer jóven y hermosa, que alcanzada por los marineros, fué llevada en

COLO

triunfo á los navíos. Dispuso el almirante que se le tratase con el mayor carifio, y después de haberla vestido y colmado de regalos, la volvió á enviar á los suyos. Confiado en el favorable efecto que las relaciones de aquella producirían en los salvajes, envió al día siguiente una partida de nueve hombres á buscar el pueblo. Halláronlo en un hermoso valle, y á su vuelta no acababan de ponderar al almirante la hermosura y fertilidad de la tierra, ni la humanidad y largueza de los naturales: lamentaban solamente no haber visto entre ellos señales de riqueza.

Siguió Colon la costa, tratando siempre amistosamente con los indijenas, hasta el 20 de Diciembre que entró en el puerto de Acul, llamado por él de Santo Tomás. Aquí fué innumerable el concurso de los naturales y grande la contratacion que hubo con ellos; pero lo más notable fué la llegada de una gran canoa cargada de gente y en ella un enviado de Guacanagari, cacique principal de aquella comarca, quien convidaba á Colon con la mayor instancia para que pasase á su pueblo. Ofrecióle en presente un cinturón curiosamente labrado y una máscara con orejas, lengua y nariz de oro. Agracióle Colon á la fineza y dádivas de Guacanagari, le mandó decir que iría á visitarle, luego que el tiempo se lo permitiese, y envió por delante en las barcas al escribano de la armada con algunos compañeros.

La mañana siguiente (24 de

COLO

Diciembre, partieron las dos naves con un ligero viento terral: á poco cesó del todo y sobrevino una completa calma, de manera que en todo el día apenas anduvieron tres leguas. Serían las once de la noche, cuando Colon, viendo que el mar estaba como un espejo, se retiró un rato á descansar, pues llevaba dos días de no dormir. El piloto á quien dejó encargado el gobierno del buque, sintió la misma necesidad de descanso, y fiado también en la calma se entregó al sueño, dejando la caña del timon en manos de un grumete, contra la órden expresa del almirante, que había prohibido hacer tal confianza de mozos sin experiencia. Las traidoras corrientes de aquellos lugares fueron arrastrando insensiblemente el buque, y ántes de una hora, dieron con él en un bajío. Asustado el muchacho comenzó á dar voces: despierta Colon, sube sobre cubierta y manda al punto echar un áncora por popa. El descuidado maestre y algunos marineros saltan á la barca; pero en vez de prestar el auxilio necesario, corren cobardemente á buscar refugio en la Niña. Su buen capitán Vicente Yañez cumplió con su deber negándose á recibirlos y haciéndoles volver acompañados de su propia barca al socorro del general. Ya para esto la nave, muy lastimada con el golpe, había hecho mucha agua y la baja de la marea la había dejado acostada, casi en seco, siendo inútiles las diligencias de alijarla y cortar el mástil. La gente que iba en ella

COLO

hubo de recojerse á la Nifia. En esta se mantuvieron á la capa el resto de la noche, y ántes que amaneciese envió Colon un mensaje al cacique Guacanagari de cómo por ir á verle había naufragado á legua y media de su pueblo. Con la primera luz del día 25 se empezó la traslacion á tierra de cuanto venia en la nao, lo que se hizo en brevisimo tiempo, gracias al auxilio que prestaron un sin número de naturales con sus canoas, mandados por Guacanagari, quien no omitió diligencia alguna para favorecer y consolar á los españoles. El mismo en persona acudió á auxiliárellos, é hizo poner guardas á todo lo depositado en la playa hasta que se encerró en dos bohíos ó casas que hizo desocupar á propósito, desuerte que los naufragos no perdieron cosa alguna. No contento con tan oportunos socorros, hizo cuanto pudo para consolar al capitán de la pérdida de su navio, y puso á su disposición su reino, sus bienes y su persona.

La hospitalidad y mansedumbre de los naturales, la fertilidad de la tierra, y la esperanza de enriquecer en breve, fueron causa de que muchos de los españoles pidiesen al comandante que les dejase allí como los primeros pobladores, dando por principal pretesto la suma dificultad de volver tantos á España en la pequeña carabela. Aceptó con gusto Colon la propuesta, movido del crédito y ventajas que le resultarían de dejar fundado un establecimiento que podría comer-

COLO

ciar ventajosamente con los naturales y procurar grandes bienes á la religion y al Estado. Instaba también Guacanagari, movido sin duda del temor de las invasiones de los caribes, que daba por concluidas con solo la presencia de los españoles: esperanza fomentada por Colon como un medio de tener sujetos á los indijenas. Para afianzarla aún más, creyó conveniente hacer un alarde de sus fuerzas, y al efecto dispuso una escaramuza en que jugasen todas las armas europeas. Increíble fué el espanto de los indios, en especial al oír el estruendo de la artillería, y al ver cómo una bala atravesó el costado del buque perdido. Para jente tan pusilánime no creía necesaria fortaleza alguna; sin embargo, dispuso Colon construir en el puerto una torre de madera con su fosa, para lo cual aprovechó los materiales de la nave. Trabajaron con gran diligencia los españoles y no mostraron ménos celo en ayudarlos los haitianos: bien ajenos de que al prodigar sus sudores para afianzar la planta del europeo del Nuevo Mundo, remachaban sus gritos y abrían la puerta á la próxima destruccion de su raza.

Los pocos dias que se gastaron en la construccion de la fortaleza, los empleó el almirante en estrechar sus relaciones con el cacique por medio de visitas y obsequios mütuos, de que resultaba recojerse algun oro á cambio de baratijas, y en averiguar cuantas noticias podia de la tierra y de

COLO

sus producciones, especialmente de las minas de oro pétna pesadilla del descubridor. Bien quisiera continuar reconociendo aquellas islas; pero el verse con una sola nave le llenaba de inquietud y desconsuelo, temiendo que con otro fracaso como el de la Capitana, no quedara quien llevase á Europa la noticia del descubrimiento. Dispuso por lo mismo su regreso, arreglando ántes lo concerniente á la nueva colonia. Dejó en ella treinta y nueve hombres todos voluntarios, entre los cuales habia de varios oficios, como cirujano, carpintero, calafate, tonelero, artillero y sastre. Nombró por gobernador á Diego de Arana, y por tenientes y sucesores en caso de muerte, primero á Pedro Gutierrez y luego á Rodrigo de Escobedo: les dejó el esquiife y armamento de la nave naufraga, bizcocho y demás víveres por un año, y todas las mercaderías de rescate que le quedaban. Encargóles mucho que buscasen por la costa un puerto mejor; que adquiriesen cuantas noticias de la tierra les fuese posible y aprendiesen la lengua; que rescatasen oro; que sembrasen las semillas europeas; que guardasen paz y amistad con los naturales; y por último que fuesen buenos cristianos y viviesen unidos entre sí, obedeciendo en todo á los jefes que les dejaba. Llamóse aquel primer establecimiento europeo *La Navidad*, en memoria del día en que aconteció el naufragio. Arreglado todo, se despidió el almirante de los nuevos

COLO

colonos, asegurándoles que les alcanzaria en la corte grandes mercedes como á primeros pobladores, y que pronto le verian volver con ellas y con abundantes socorros: pero estaba decretado que jamás volveria á verles.

Dió Colon á la vela del puerto de la Navidad el 4 de Enero de 1493, siguiendo la costa de la isla hácia el Oriente, y el día 6 tuvo el gusto de encontrar la Pinta, que venia navegando en direccion opuesta. Disculpaba Pinzon su falta atribuyéndola á la fuerza de los vientos; y aunque el almirante no dió crédito á su excusa, finjió quedar satisfecho con ella para evitar de ese modo todo disgusto y contestacion en lo que faltaba de viaje. Prosiguió por entónces hasta arribar á la bahía de Samaná, donde encontró indios más valientes y mejor armados que cuantos habia visto hasta allí: venidos al principio de paz, no tardaron en manifestar sus instintos guerreros, de que resultó una refriega con los españoles; caso digno de mencion, por ser la primera vez que los europeos derramaron la sangre mejicana. No fué obstáculo aquel lance para que los dias siguientes continuasen los tratos amistosos; y aunque las noticias de los naturales despertaron en Colon deseos de visitar las islas Caribes y otras inmediatas, hubo de renunciar á su intento, así por el mal estado de los buques, como por el ansia que mostraba la gente de regresar cuanto ántes á su patria.

Desde la bahía de Samaná,

COLO

á la cual por la refriega pasada dió Colon el nombre de *Golfo de las Flechas*, se hizo, pues, á la vela para España el 16 de Enero. Los vientos constantes del Este, tan favorables para la primera travesía, eran ahora contrarios, y fué preciso navegar las más veces de bolina, derribando mucho hacía el Norte. El tiempo se mostraba, sin embargo, muy bonancible, y cuando á principios de Febrero se remontaron hasta los 38°, comenzaron á disfrutar de los vientos occidentales, que los conducían rápidamente al término de su viaje. Para el día 11 habían adelantado tanto, que ya esperaba Colon ver muy pronto alguna tierra en las Azóres; pero el 12 comenzó el mar á alterarse, y se vieron indicios de una próxima tormenta. Estalló en la misma noche, y aunque el día 13 pareció calmar un poco, al oscurecerse volvió á agravarse, llegando á ser tanta su violencia, que agotados en vano todos los recursos de la náutica, mandó Colon recoger las velas y á palo seco entregó su frágil nave á la furia de los elementos. Imitóle la Pinta, y muy pronto la fuerza de los vientos separó ambas embarcaciones, creyéndose en cada una que la otra había perecido. Perdida ya toda esperanza de salvación por medio de procedimientos humanos, acudieron los del almirante á las promesas y oraciones; pero el cielo parecía inexorable, y las olas embravecidas sacudían la pobre barca amenazando tragarla á cada instante. Durante a-

COLO

quella terrible noche, la tempestad reinaba en el cielo y en el mar; pero su furor no alcanzaba á doblegar el ánimo invicto de Colon. Había luchado con todos los recursos de su saber, y viéndose vencido llegó á persuadirse que era voluntad del Señor poner allí fin á sus dias, y sepultar con él la memoria de sus grandes hechos. Más la perspectiva de una próxima muerte no le aterraba: acoogójanle las quejas de la gente, que le atribuía su perdición; le afijia la orfandad de sus hijos, y más que todo la infamia de su nombre, y la pérdida de aquel maravilloso descubrimiento. Veinte años de vijilias y de afanes iban á perderse con él aquella noche! El lazo con que sujetó á los dos mundos, estaban para romperse: la luz que su frágil navicilla conducía á las riberas del Viejo Mundo para disipar las densas sombras que le envolvían, iba á extinguirse en las ondas del Océano, sin esperanza de que volviera á encenderse en muchos siglos. Porque si él fué el objeto del escarnio y mofa de los sábios y de los poderosos, cuando anunciaba sus designios, ¿quién se atrevería á ejecutarlos, después de contemplar el desastroso fin del proyectista iluso!

Pero la fé era lo último que podía extinguirse en el ánimo profundamente religioso de Colon. Escogido por el Señor para tan alta empresa, la inspiración divina no podía ser infecunda; el artífice podría perecer, pero la obra debía salvarse, y se salvaría. Él ignorabalos medios, pero Dios

COLO

los conocía, y eso bastaba. Sin embargo, temió abusar del poder del Todopoderoso confiando solo en su Providencia, y quiso agotar todos los recursos humanos. En medio del espantoso desorden de los elementos, y á la siniestra luz de los relámpagos, escribe tranquilamente en un pergamino la breve relacion de su viaje y descubrimiento: ciérralo con un sello, y poné el sobre á los reyes de Castilla, añadiendo una oferta de mil ducados á quien les entregue el pliego sin abrirlo; envuelto después en un lienzo encerado, y metido además dentro de un trozo de cera, lo hizo poner en una cuba, que mandó arrojar al mar. Igual pliego, y resguardada del mismo modo, colocó en la tolda de su nave, para facilitar el hallazgo si el casco iba á sumergirse cerca de las playas de la Europa. ¡Cuán grande aparece Colon en esta tremenda noche, cuidando con tan minuciosas precauciones de salvar la memoria de su descubrimiento, en el instante mismo de creerse próximo á comparecer ante el tribunal de Dios!

Por fortuna aquellas precauciones, aunque prudentes, fueron inútiles: el 14 por la tarde se fijó el viento del Oeste, y en la mañana del 15 vieron ya la tierra, que los pobres marineros saludaban con tanta efusion de gozo como la primera que descubrieron en el Nuevo Mundo. Era la isla de Santa María, la más meridional de las Azóres. Todavía hubo que luchar contra el mar agitado y los vientos

COLO

contrarios, de manera que hasta el 17 por la noche no dieron fondo, y eso en tan mal surtidero, que perdida una ancla se volvieron al mar, y no pudieron tomar puerto seguro hasta el 18 por la mañana. Admiraban los portugueses habitantes de la isla, cómo había escapado aquel buquecillo de tan desecha borrasca, y más les maravillaba la relacion de tan extraño y nunca oído viaje. Pero aguardaba allí á los trabajados españoles una acogida muy diversa de la que hallaron entre los salvajes de la América. Mandó el almirante, que en cumplimiento de una de las promesas hechas durante la tempestad, bajase á tierra la mitad de la gente para ir á visitar con los pies descalzos una capilla de Nuestra Señora. Cuando más ocupados estaban los españoles en su oracion, caen sobre ellos los portugueses y los hacen prisioneros. Su tardanza en volver á la carabela hizo temer á Colon algun mal suceso; informóse y sabó lo ocurrido. Pide al punto que se le entreguen los suyos; median ágrrias contestaciones con el gobernador, y al cabo de algunos dias consigue al fin que le sean restituidos los prisioneros. Disgustado con tal incidente levántó anclas el día 21, sin aguardar á proveerse de leña ni aun de lastre. Tres dias navegó con felicidad: los dos siguientes tuvo mar alta y vientos contrarios: el día 1° de Marzo se cambiaron á su favor, pero arreciaban por grados. En la noche del 2 al 3 sobrevino una ráfa.

COLO

ga tan furiosa, que destruyó las velas de la carabela, y la puso á pique de perecer: la lluvia caía á torrentes, el cielo parecía inflamado, y los truenos eran espantosos. Continuó la tempestad todo el día, y creciendo en la noche, fué preciso correrla á palo seco. Repitieronse las oraciones y promesas; pero á la media noche dieron vista á la tierra. Ignoraban cuál fuese, y por eso se mantuvieron al mar con gran trabajo, hasta que venido el día reconocieron hallarse frente á la roca Cintra, en Portugal, y á las tres de la tarde del 4 dieron fondo en el río Tajo. Las gentes de las inmediaciones acudieron á darles la enhorabuena, porque el día anterior les tuvieron por perdidos al verles resistir la furiosa tempestad en embarcacion tan débil y pequeña.

Luego que se vió Colon en puerto seguro, escribió á los reyes Católicos, participándoles su forzosa arribada, y tambien al rey de Portugal, pidiéndole permiso de ir á Lisboa, así para proveerse de algunas cosas, como para tener en mayor seguridad su nave. Aunque este soberano tenia circuladas órdenes á todos sus dominios, para que fuese detenido Colon en caso de aportar á alguno de ellos, á lo que se debió el incidente de los Azóres; quiso en esta vez mostrarse generoso, disimulando la pesadumbre que le causaba la pérdida de tan magnífico descubrimiento, ofrecido á él antes que á los reyes de España. Dispuso desde luego que á costa del

COLO

erario se proveyese largamente á las necesidades de la carabela y de su gente, y mandó suplicar á Colon que tuviese á bien visitarle. Púsose desde luego en camino el almirante, y fué recibido con toda honra y magnificencia: hizo en presencia del rey la relacion de su jornada; y éste magnánimo monarca, sin dar oído á los insidiosos consejeros de sus cortesanos, le oyó varias veces con gusto, y le colmó de favores y ofrecimientos. Despedido Colon, todavía le alcanzó en el camino un mensajero del rey diciéndole que si deseaba ir á Castilla por tierra, seria acompañado y servido hasta la frontera de Portugal; pero Colon prefirió embarcarse. Llegado al puerto se hizo á la vela con tiempo favorable la mañana del 13 y entraba por la barra de Saltes el día 15 de Marzo de 1493, á hora de medio día.

Imposible sería describir el alborozo de los vecinos de Palos al ver llegar sanos y salvos á los compatriotas que lloraban por perdidos. Unieron todos sus acciones de gracias al Señor por tan millerosa preservacion, y en la tarde se dobló el júbilo comun con la llegada de la Pinta. No venia en ella, sin embargo, el capitán Martin Alonso: arrebatado por la fuerza de la primera tormenta, había arribado al puerto de Bayona en Galicia: de allí pasó á Palos; mas como al entrar en el río vió fondeada la Carabela Niña, temió que el almirante le castigase por la desercion de Cuba, y tomando el esquife dejó su buque y fué á ocul-

COLO

tarse en otra parte. Ya desde Bayona había solicitado permiso para ir á dar cuenta de su viaje á la Corte, y le fué negado. Sabida luego la marcha de Colon, se presentó en su casa muy enfermo y abatido, y á poco tiempo falleció. Triste suerte de un insigne marino, cuyo valor, empeño y riquezas, tuvieron tanta parte en el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Después de pasar algunos dias en Palos, marchó Colon á Sevilla, desde donde envió un correo á los reyes, que estaban en Barcelona, con una breve exposicion de sus hechos y de sus esperanzas. Volvió la respuesta dentro de pocos dias, y fué tan satisfactoria como pudiera deseárselo Colon. Le daban en ella los reyes sus títulos de virey, almirante y gobernador; le prevenian que fuese sin tardanza á la Corte, y le encargaban que desde luego propusiese el plan de una nueva expedicion, para disponerla antes que pasase la estacion favorable del verano. En obedienciamiento de la órden, y con tan lisonjeros anuncios, se puso en camino Colon, y su jornada hasta la Corte, fué una verdadera marcha triunfal. En todas partes se agolpaba la gente y salía á los caminos á encontrarle, colmándole de aplausos y bendiciones. Entró en Barcelona como en triunfo, rodeado de caballeros y cortesanos, con cuyo acompañamiento llegó á presencia de los reyes. Esperábase éstos en público en un salon ricamente adornado, sentados en el sόlo real, con el principe Juan al lado, y u-

COLO

na brillante comitiva. Presentóse Colon sin turbarse, y quiso doblar la rodilla ante los soberanos; mas ellos no lo permitieron, sino que alzándole benignamente le hicieron la señalada merced de mandarle sentar para que hablase. Hizolo con la gravedad que pedía la presencia de tan altos personajes, pero con todo el fuego de su natural elocuencia. En apoyo de sus palabras presentó las raras muestras de animales, plantas y frutos que había traído, señaladamente las de metales preciosos, que tan magníficas esperanzas ofrecian, y llamando la atencion sobre seis isleños que estaban presentes, discurrió acerca de los usos y costumbres de los naturales, ponderando con especialidad su aptitud para recibir la fé católica, cuya propagacion era el primer móvil y fin de aquella gloriosa empresa. Acabada la relacion, todos los circunstantes, siguiendo el ejemplo de los reyes, doblaron las rodillas, mientras los músicos de la capilla real cantaban el himno *Te Deum laudamus*, para dar gracias al Soberano Señor del Universo por aquella nueva é insigne manifestacion de su misericordia y poder.

Á ejemplo de los reyes que oían á todas horas á Colon y le colmaban de favores, los más altos personajes tenian á grande honra el recibirle en su casa y á su mesa. La persona y empresa del descubridor eran el objeto de la atencion general; la nueva de su descubrimiento se difundió con increíble rapidez por toda

COLO

España y pasó de allí al resto de la Europa. No sería posible pintar el efecto que produjo en todas partes. Un campo ilimitado se abrió al estudio de los sabios, al celo de los religiosos, y á la codicia de los aventureros. Por eso se aguardaban con ansia nuevas noticias de aquellas ignotas rejiones que apenas escudriñadas en sus orillas, llenaban ya de admiracion al mundo. Y en la creencia de que pertenecian al estremo occidental de la India, como afirmaba su mismo descubridor, comenzaron á ser llamadas *Indias Occidentales*, aunque por hallarse en el opuesto hemisferio y por la estrañeza de su clima, producciones y habitantes, recibieron tambien el nombre de *Nuevo Mundo*. Ni entónces, ni en ningun tiempo usó el gobierno español de otro nombre que del de *Indias Occidentales*; el de *América* con que hoy es conocida esta parte del mundo, trae su oríjen, como todos sabemos, del florentino Américo Vesputio. Se ha hecho á éste un grave cargo de superchería por haber dado su nombre á los países descubiertos por Colon; más parece que no tuvo en ello parte alguna. Discusion es ésta, sobre curiosa, interesante; pero ajena de este lugar y la reservamos para el suyo propio.

La práctica de los cuatro últimos siglos, había sancionado la opinion establecida desde el tiempo de las Cruzadas, de que era no solo lícito, sino meritorio hacer la guerra á infieles y despojarlos de sus posesiones para

COLO

propagar la fé de Jesucristo. Ni duda se puso por lo tanto, en el derecho que asistia á los reyes Católicos para conquistar y retener bajo su dominio las nuevas tierras; más para evitar todo motivo de cuestion con otros soberanos, trataron de acudir á la Santa Sede, á fin de que les concediese la propiedad de todas las tierras descubiertas y por descubrir. Andaba entónces muy válida la opinion de la facultad de los Papas para disponer de las posesiones de infieles, de tal suerte que lo mismo que hoy provoca una sonrisa, era tenida en aquellos tiempos por verdad inquestionable. Ejemplo reciente de ello se tenía en las concesiones que el papa Martino V y sus sucesores, habían hecho á los soberanos portugueses de todo cuanto descubriesen desde el cabo Bojador hasta la India. Ocupaba entónces la silla de San Pedro, Alejandro VI, nacido en los dominios del rey D. Fernando y favorecido por él; había celebrado con grandes demostraciones de júbilo la noticia del descubrimiento, y no tuvo dificultad en conceder cuanto se le pedia. Así, pues, en 3 de Mayo espidió una bu-la de donacion perpétua del Nuevo Mundo á favor de la corona de castilla, con obligacion de plantar y propagar allí la fé católica. A fin de prevenir toda desavenencia con Portugal, se mandó señalar una linea imaginaria de polo á polo á 100 leguas de las posesiones portuguesas más occidentales, en las islas Azores ó de Cabo Ver-

COLO

de: cuanto quedase al Occidente de esta linea era lo que comprendia la donacion á los reyes Católicos: el Oriente quedaba al Portugal. Hubo, sin embargo, reclamaciones acerca de este punto; y después de una negociacion, en que no siempre fueron muy decentes los medios que se emplearon, vino á firmarse el 7 de Junio de 1494, el famoso tratado para la division del Océano entre ambas potencias; quedó en él convenido que la linea divisoria se alejaria á 370 leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde, y de resultas adquirió Portugal el imperio del Brasil. Parece que al hacer esta division arbitraria nadie tuvo presente que continuando las dos naciones sus conquistas en direccion opuesta, al fin llegarían á encontrarse, como sucedió después. Por ahí se advierte cuán poco había contribuido la reciente expedicion del almirante á fijar las verdaderas nociones de la forma esférica de la tierra y de la posibilidad de rodearla; y cómo esta idea que fué la base del descubrimiento, aun no se arraigaba entre los sabios, á pesar de la brillante prueba práctica que acababa de ponerles en las manos el mismo á quien ellos calificaron de loco. El propio dia 3 de Mayo de 1493 espidió el Papa otra bu-la estendiendo á los reyes Católicos y vasallos de Castilla todos los privilegios y gracias concedidas por sus antecesores á los de Portugal en sus expediciones al África. No solo alababa el Papa el celo de los reyes, si-

COLO

no que les exhortaba y aun mandaba que no retardasen tan santa expedicion.

Pero poco necesarias eran estas exhortaciones, para que siguiesen beneficiando la rica veta, descubierta por la industria del almirante. Aun no llegaba Colon á Barcelona, cuando ya se habían despachado las órdenes convenientes á las autoridades de Andalucía para que diesen toda ayuda en el apresto de la armada. Para completar los gastos de ella se echó mano de los bienes secuestrados á los judíos expulsos el año anterior, y no bastando, hubo que acudir á un préstamo. La inmediata direccion de estos aprestos, así como de cuantas armadas saliesen en lo sucesivo para las Indias, se confió al arcedian D. Juan Rodríguez de Fonseca, quien debía entender asimismo en todos los negocios que acerca de la navegacion y comercio del Nuevo Mundo, pudiesen ofrecerse en Sevilla ó Cádiz. Nombrósele por tesorero á Francisco de Pinelo, y por contador á Juan de Soria. Esta oficina debía de residir en Sevilla, y ella fué el oríjen de la famosa *Caza de la Contratacion de las Indias*.

Como la base de la concecion papal era la propagacion de la fé, nombraron los reyes para director de tan importante obra á Fr. Bernardo Boil, catalan, monje benedictino del monasterio de Monserrate, persona de mucha reputacion en la Côte. Para darle mayor autoridad, el Papa le nombró su vicario apostólico, acompañándole o-

COLO

tros varios relijiosos; y la piadosa reina Doña Isabel proveyó liberalmente á todos de ornamentos, vasos sagrados, y cuanto pudieran necesitar para el culto divino. A fines de Mayo estaban ya tomadas estas providencias, y entonces se despachó á Colon premiado, honrado y complacido á medida de su deseo. El convenio condicional de Santa Fe, se ratificó ahora confirmandole sus títulos y privilegios, y señalándole los límites de su jurisdiccion conforme á la bula de Alejandro VI. Se le permitió asimismo que cuartelase su propio escudo con las armas de Castilla, añadiendo la famosa letra: A CASTILLA Y A LEON. NUEVO MUNDO DIÓ COLON. Además de la pension prometida al que primero viese tierra, le fueron dadas por una vez mil doblas de oro. Diósele tambien sello real, y facultad para sellar con él las provisiones que despachase á nombre de los soberanos. Por el tiempo que fue se la real voluntad se le permitió que hiciese por sí mismo y sin consulta de nombramientos de los oficios necesarios en las poblaciones que fundase; y por último, en cuantas disposiciones se dieron para el apresto de la armada, personas que debían ir en ella, órden del viaje, descubrimientos y demás, se puso especial cuidado en complacer á Colon y en manifestarle el mayor aprecio y confianza. Esta fué sin duda la época más feliz de la vida del almirante: logrado su deseo, honrado por los monar-

COLO

cas, aplaudido por el mundo entero, lleno de honras y provisto de poderes casi ilimitados para proseguir su empeño, debió creerse compensado de sus pasadas aflicciones, y en el verdadero camino de la gloria y prosperidad. Pero si el asombro causado por su inmortal hazaña bastó al principio para sofocar la envidia, era seguro que después le acometería con duplicado furor. Ya asomaba en el horizonte la nube precursora de la tormenta. El arcediano Fonseca y el contador Juan de Soria no apoyaban las diligencias de Colon para el apresto de la armada con el empeño debido, y se quejaban de los grandes gastos que era necesario hacer para dar cumplimiento á las demandas del almirante. Su tibieza les valió severas reprensiones de la Corte; considerando, pues, á Colon como causa de ellas, tomó el arcediano la ojeriza con que le vió siempre; y cuando después alcanzó los más altos puestos del Estado y quedó hecho árbitro de los negocios de Indias, logró hacerle sentir los efectos de su odio. No fué el primer descubridor de la América el único que hubo de lamentar agravios é injusticias de Fonseca: en su larga administracion de más de 30 años, sobraron ejemplos de su ruin espíritu y sus bastardas pasiones, que á menudo estorbaron empresas tan gloriosas como útiles para su país.

Todas estas dificultades y el deseo de que no faltase cosa alguna, fueron causa de

COLO

que hasta mediados de Setiembre no estuviese lista la armada. Componíase de tres buques de alte porte, llamados entonces *naos de gavia*, y de catorce carabelas: en todo diez y siete embarcaciones. Iban en ella hasta mil doscientas personas con paga del erario y unos trescientos aventureros sin sueldo, que corrían á buscar fortuna al Nuevo Mundo. Los caballos apenas pasaban de veinte, acompañados de otros animales domésticos para la cría. Lleváronse tambien semillas de todas clases de plantas, medicinas para los enfermos, mercaderías destinadas al rescate ó cambio con los indios, una gran cantidad de municiones de boca y guerra: en fin, abundancia de cuanto se creyó necesario para proveer la colonia de la Naviidad, para continuar la conquista y para estender los descubrimientos, que eran los objetos que llevaba la expedicion.

Dió ésta á la vela desde la bahía de Cádiz el miércoles 25 de Setiembre ántes de amanecer. Hizo rumbo Colon á las Canarias segun costumbre, y llegó á ellas á los ocho dias. Allí tomó agua, leña, algunos refrescos y varios animales para cria, y siguió su navegacion con tiempo sereno y viento favorable hasta el 13 de Noviembre, dia en que dieron vista á la tierra. Como habian hecho rumbo al Oeste con bastante inclinacion al Sur, se encontraron entre las islas llamadas hoy Antillas menores, y á la primera que vieron llamó Colon

COLO

Dominica, por ser domingo aquel dia. Dió á la segunda el nombre de Marigalante, que era el de la nao capitana, y á la tercera el de Guadalupe, donde desembarcó el dia 4 y permaneció hasta el dia 10. Desde este dia al 14 siguió descubriendo y poniendo nombre á nuevas islas. Ancló en la llamada Santa Cruz, donde uno de sus esquifes tuvo un pesado encuentro con una canoa de naturales: porque los de aquellas islas conocidos por la denominacion general de Caribes, solian alimentarse de carne humana, y lejos de ser de la blanda condicion observada en los lucayos y haitianos, eran el azote de éstos, y hasta en su fisonomia demostraban su ferocidad. Con un buque ligero hizo reconocer el almirante un grupo de innumerables islas que divisó al Norte: á la mayor nombró Santa Ursula, y al resto las Once mil Virjenes. Continuando su derrota arribó á la isla de Boriquen, hoy Puerto Rico: no quiso detenerse en ella porque todo su afán era llegar á la Española. El 22 dió vista á la estrechidad oriental, y al terminar el dia 27 estaba frente á la colonia de la Navidad. Hizo disparar algunos cañonazos á que no respondió la fortaleza, creyendo con este silencio los recelos que ya tenia de la suerte de los pobladores. Hácia la media noche llegaron en una canoa unos mensajeros de Guacanagari: de ellos se supo confusamente que la colonia no existía, y que algunos españoles habian muer-

COLO

to. Creyóse desde luego que todos habían perecido, sospecha que se confirmó al día siguiente viendo quemada la torre, esparcidos y destrozados los muebles y efectos, con falta de muchos, y hasta once cadáveres que se hallaron en diversos sitios. Los naturales de la comarca habían desaparecido, y apenas se descubría uno á otro como en accho. Al fin se consiguió que varios se acercasen y diesen algunos informes del desastre de la colonia. Parece que los nuevos pobladores apenas perdieron de vista la nave del almirante, echaron en olvido sus instrucciones y se entregaron á los mayores excesos, en especial contra las mujeres indijenas. Siguiéron luego las disputas sobre el mando, la desunion, y el abandonar muchos la fortaleza para irse á vivir en habitaciones aisladas. En tal estado vino sobre ellos Coanabó, poderoso cacique del interior, con crecido número de jente, y quemó la torre y demás edificios, sin dejar con vida á un solo español. De ningun provecho fué el auxilio que prestó el cacique amigo Guacanagari, porque fué tambien vencido por Coanabó, dejándole herido en una pierna. Esto contaban los indios: mas sea por falta de inteligencia de la lengua, ó por otra causa, quedó siempre este suceso envuelto en cierto misterio, y los españoles llegaron á concebir grandes sospechas de la fidelidad de Guacanagari. Lo indudable era que la colonia había perecido. Es curioso seguir los pa-

COLO

sos á este primer establecimiento del Nuevo Mundo, que sin más poblacion de treinta y nueve hombres, ni mayor duracion que ocho ó nueve meses, pasó por todas las vicisitudes de un poderoso imperio. Fúndala un gran hombre: sigue pronto el olvido de sus leyes, y por ello la corrupcion de costumbres: vienen luego las disensiones intestinas, sobreviene por último una invasion de bárbaros que ya no hay fuerza para repeler, y que destruye todo á sangre y fuego; hé aquí la suerte de la colonia de la Navidad, y á tanto espacio pudiera reducirse la historia de la antigua Roma.

Disgustado Colon de aquel sitio, pensó buscar otro más propio para fundar. Recorrió á este fin la costa septentrional de la isla, y vino á fijarse en un lugar que reunia todas las cualidades apetecibles. Allí fondeó la flota, y la jente comenzó á desembarcar á fines de Diciembre. Diéronse todos tanta prisa en los trabajos, que para el 6 de Enero de 1494 ya hubo capilla en que celebrar misa solemnemente. En honor de la reina Católica se dió á la nueva ciudad el nombre de Isabela. No solo se ocuparon los españoles en la construccion de edificios públicos y particulares, sino que tambien atendían á la siembras de las plantas europeas y cría de los ganados. En todo ayudaban los indios de buena voluntad, mostrándose muy contentos de recibir cualquiera fruslería en pago de sus servicios. Mas los cuidados del almirante no

COLO

se limitaban al establecimiento de la colonia; ántes procuraba tener noticias del interior del país y de sus riquezas. A este fin hizo salir á dos capitanes suyos, Ojeda y Gorvalán, quienes trajeron las más felices nuevas de las minas de Cibao, situadas á pocos dias de camino y de cuya riqueza se tenían desde el primer viaje las más portentosas noticias. Tomó entonces Colon la determinacion de ir en persona á reconocer las minas y fundar en ellas otro establecimiento de españoles; pero ántes quiso enviar á España doce buques con objeto de dar cuenta del estado de la colonia y pedir nuevos socorros para ella. Embarcó tambien en la flota los prisioneros de ambos sexos tomados en las islas Caribes, y propuso al gobierno que en castigo de las bárbaras costumbres de estos indios sería conveniente hacerlos esclavos y venderlos á beneficio de la colonia. Dos ventajas esperaba lograr por este camino: granjear el afecto de los indios pacíficos libertándolos de tan crueles enemigos, y proporcionar recursos al erario. Pesaba mucho sobre el ánimo del almirante la necesidad de causar crecidísimos gastos á la compra y trasporte de víveres, ropas, semillas, animales domésticos y todo lo necesario para las nuevas poblaciones, mientras el país llegaba á producirlo: y deseoso de vencer el mayor obstáculo que se oponía al vuelo de su empresa, despreció en mala hora las leyes eternas de la justi-

COLO

cia, proponiendo sacrificarlas á la conveniencia. Los soberanos españoles no aceptaron por fortuna su consejo y mandaron que se procurase la conversion de los caribes, en los mismos términos que la de los demás indijenas.

Partida la flota se preparó Colon á emprender su expedicion á Cibao. Retardándola algun tiempo, tanto por haberse enfermado como por una sublevarcion fraguada durante su enfermedad. Trataban los descuentos, capitaneados por el contador Diaz de Pisa, de alzarse con los cinco navios que quedaban y marcharse en ellos á España. Descubiérase la trama castigó Colon á los culpables, y por fin el 12 de Marzo salió á su deseada expedicion llevando consigo unos 400 hombres, los caballos y algunos indios, todo á punto de guerra. Vencido el mal paso de la subida de la sierra, descubrió desde su cumbre cual otra tierra de promision, la famosa llanura nombrada por osclencia *la Vega*. Su hermosura y fertilidad escedian á toda ponderacion: dilatábase más de lo que la vista podía alcanzar, sin cerro ni aspereza que la afease. Dos dias gastaron los españoles en atravesarla por aquella parte, pasados los cuales entraron en las sierras de Cibao. De paz le recibieron los indios y su cacique, regalándoles comestibles, oro en polvo y en grano de diversos tamaños. Por todas partes veían los españoles oro, y no oían hablar más que del codiciado metal. Suponíase que le acarreaban todos los